

El desembarco de las neurociencias en la educación argentina ya lleva algunos años y avanza velozmente promovidas fuertemente desde las carteras educativas nacionales y provinciales. En la actualidad asistimos además a la presentación de un proyecto de Ley de Educación Emocional impulsada por fundaciones y apoyada desde el gobierno nacional (S-813/18). Para contribuir a la reflexión acerca de estos dos fenómenos, el OPPPED publica a continuación dos artículos: uno de la Mg. Silvia Dubrovsky sobre educación emocional y otro del Mg. Axel Horn sobre el cruce entre las neurociencias y educación.

EDUCACIÓN EMOCIONAL O ¿CÓMO ADIESTRAR LAS EMOCIONES?

Mg. Silvia Dubrovsky

Licenciada en Ciencias de la Educación (UBA). Magíster en Psicología Educacional (UBA). Docente e investigadora (FFyL, UBA). Miembro del Equipo de Educación y Psicopedagogía (FFyL, UBA). Prof. adjunta Teoría socio-histórica, aprendizaje y educación.



Frente a los discursos actuales sobre una denominada “educación emocional” y sus propuestas de capacitación, me encuentro, una vez más, estableciendo una suerte de diálogo a des-tiempo con el gran Lev Vigotsky, cuya lectura es una fuente inagotable de nuevas respuestas a los problemas de la pedagogía y la psicología del desarrollo actual.

Qué nos diría si tuviese la oportunidad de escuchar una conferencia que nos propone “cinco pasos para transformar una escuela en una escuela cerebro compatible” (<https://www.youtube.com/watch?v=s2Qa2sDVDqY>) en donde la profesional sugiere que debemos decirles a los niños y las niñas que: “Esto que tienen entre medio de las orejas es lo que les va a hacer que les vaya bien en la escuela”.

Pero remitámonos más atrás en el tiempo, puesto que el estudio acerca de la relación entre el cerebro y las emociones lleva ya varios siglos, eso no es novedad.

En su libro Teoría de las emociones, (editado en español en el 2004 sobre la base de la producción científica entre 1931 y 1933), Vigotsky realiza un análisis crítico de todas las posiciones -fundamentalmente biologicistas, fisiologicistas- relacionadas al estudio de las emociones. Para los autores de esas posturas (James, 1884, Lange, 1885 citados por Vigotsky) las emociones no son otra cosa que sensaciones corporales de las que cobramos conciencia.

En otras palabras, las emociones son las manifestaciones corporales y no los contenidos psicológicos que las generan. Actualmente se puede observar que muchas propuestas de esta denominada educación emocional se realizan a través de ejercicios que consisten en asociar un gesto (dibujo de una sonrisa, por ejemplo) con una emoción. Existen verdaderos manuales de ejercicios de educación emocional. Verdaderos repertorios de aprendizaje por asociación de respuestas a estímulos “emocionales”.

Vigotsky señala en su obra que al biologizar las emociones, los investigadores son incapaces de ver en ellas lo que tienen propiamente de humanas: el significado que cada una de ellas tiene para la persona que las siente; es decir, la influencia que la conciencia y el pensamiento tienen en cada una de ellas; su relación estrecha con la personalidad de cada individuo; la dependencia que aquellas tienen con las vivencias del sujeto en un contexto histórico, bajo condiciones sociales concretas y, sobre todo, su desarrollo y cambio cualitativo durante las condiciones de vida del hombre. Su aproximación no negaba el papel de la biología en las emociones, por el contrario, Vigotsky refrenda que las bases materiales de la neurofisiología son la premisa para una explicación materialista de las emociones, pero sostiene que por sí sola es insuficiente teórica y psicológicamente

Para sustentar aún más su crítica, y de una manera muy profunda, vincula estos análisis con las ideas de los filósofos que sustentan dichas posturas.

Mientras que para Descartes las pasiones se explican fisiológicamente y plantean la relación entre dos entidades paralelas (mente–cuerpo), para Spinoza, principal referente de Vigotsky en el desarrollo de su teoría de las emociones, el problema es “la relación existente entre pensamiento y afecto, el concepto y la pasión”.

En su opinión, el dualismo cartesiano enfrenta sus limitaciones precisamente en las emociones humanas, que no pueden ser explicadas ni por el mecanicismo corporal, ni por el espiritualismo del alma inmaterial —dos principios cartesianos excluyentes— sino que deben explicarse como un todo. Esta dualidad entre emociones e intelecto se expresa en Descartes también en la relación que guardan las pasiones y los demás procesos psicológicos, particularmente la voluntad. Para Descartes, dice Vigotsky, la voluntad es irrestricta, libre, por lo que puede dominar a las pasiones, al cuerpo; “la idea fundamental de Descartes [...] consiste en admitir el poder absoluto de nuestra voluntad sobre las pasiones”. Esta tesis es precisamente la que rechaza Spinoza; rechaza el poder absoluto de la voluntad sobre las pasiones y vincula la necesidad a la libertad, no las contrapone.

“La psicología de las emociones contemporánea es exactamente, en la misma medida que la de Descartes, ya la psicología de las pasiones de un autómeta sin alma, ya una psicología de las emociones autómetas de espíritus inertes. En consecuencia, la psicología de las emociones contemporánea puede entenderse como se quiera, menos como una psicología del hombre.” (Vigotsky, 2004:199-200)

Se verá por qué el dualismo cartesiano, el interaccionismo y el espiritualismo de la psicología teleológica que Vigotsky critica en este libro están hoy presentes en las neurociencias modernas.

El camino trazado por los viejos planteamientos metodológicos y filosóficos de James–Lange acerca de las emociones, hoy se renueva concibiendo lo humano como susceptible de reducirse a los mecanismos neurofisiológicos en que se sustenta el cuerpo. El reduccionismo biológico, por su naturaleza, no puede dar cuenta de la variedad de las cualidades propiamente humanas de la conciencia, las motivaciones o los sentimientos, cuya explicación plena no se encuentra en nuestra biología, sino en el significado que las mismas adquieren en el transcurso del desarrollo históricamente condicionado.

Este modelo actual de “educación emocional” no es otra cosa que la expresión de ese marco escisionista que entiende las condiciones del sujeto, en este caso la regulación de sus propias emociones como la condicionante de sus posibilidades de interactuar con otros en diferentes contextos.

Desde hace algunos años, en nuestro equipo de investigación, trabajamos en relación con la unidad de análisis propuesta por Vigotsky en sus últimos años, que se revela de enorme fecundidad para el estudio de las prácticas inclusivas en la escuela. Esta unidad de análisis, decidimos nombrarla en su vocablo original en ruso, *pereshivanie*, principalmente por las dificultades que implica la traducción y la conservación de su sentido original. Usualmente se traduce como *vivencia/experiencia* y pretende superar los reduccionismos de la psicología tradicional al reconocer la unidad de los procesos intelectuales y afectivos en la totalidad de la conciencia, el origen social y cultural de los procesos psicológicos “Conciencia y afecto representan partes de un mismo todo”. (Vigotsky, 1998). A partir del concepto de situación social de desarrollo, se entiende que los efectos en el desarrollo que tendrá una determinada vivencia estarán relacionados entonces con el modo en que cada niño percibe e interpreta una determinada situación objetiva.

De este modo, las emociones, se desarrollan en los/as niños/as en una situación social particular en la cual se construye sentido. Nos preguntamos: ¿cuál será el efecto en el desarrollo de un niño/a que, a sugerencia de un adulto/a debe recurrir al “rinconcito de las emociones” para descargar, “quemar la emoción” que lo/la hace estar “inquieto” en el aula? ¿Cuál es el efecto en el desarrollo emocional de aquellos niños llamados “inquietos” a los cuales se les coloca un elástico de descarga en su silla para que sus pies puedan estar siempre en movimiento, pero pueda permanecer más tiempo sentado en su banco según las demandas de la escuela? ¡Verdaderas estrategias para dominar las emociones! Bajo el supuesto de que las mismas dependen de él y de su propia voluntad para dominarlas.

Nadie niega el enorme valor que tienen los excepcionales avances en el estudio del cerebro. Pero como señala el neurocientífico inglés Steven Rose, esto vino aparejado con una omnipotencia según la cual se pretendía subordinar los estudios sociales y culturales a los estudios neurocientíficos. De allí surge, entonces, el neuromarketing, la neuroeducación, la neuroeconomía, etc. En el caso de los procesos de aprendizaje escolar, conducen a algunos profesionales a sostener que “el cerebro aprende” dando cuenta de una perspectiva que reduce al sujeto a un cerebro sin un correlato científico para estas afirmaciones. Es decir, se construye una pseudociencia cuyo propósito consiste en poner estos pseudoconocimientos científicos a disposición de las necesidades del mercado y de los intereses sociales y culturales neoliberales.

El neoliberalismo precisa sujetos que asuman que” lo que tienen entre sus orejas es lo que les permite aprender”, que son sus condiciones las que posibilitarán el éxito, en la medida, entre otras cosas, que pueda adiestrar sus emociones. La teoría histórico-cultural se presenta como el acto revolucionario que nos conduce a desarrollar propuestas pedagógicas constructoras de sujetos comprometidos con su sociedad, solidarios, transformadores, críticos. Valores humanos por excelencia que no están en nuestros cerebros cuando llegamos a este mundo. Es la experiencia, que siempre es con otros y otras y las

condiciones dignas para aprender las que entretejerán el lazo entre biología y cultura en el modo particular y singular que nos constituirá como verdaderos sujetos productores y transformadores en nuestra sociedad.

Bibliografía:

Vigotsky, L. 2004. Teoría de las emociones. Madrid. Editorial Akal

Vigotsky, L. 1998 El papel del ambiente en el desarrollo del niño. En: La genialidad y otros textos inéditos. Buenos Aires. Editorial Almagesto.